

Carmen Machi, actriz

# “LA HISTORIA ESTÁ ESCRITA POR LOS HOMBRES”

En *Juicio a una zorra*, texto de Miguel del Arco que se ha reestrenado en el teatro Pavón-Kamikaze de Madrid, encarna a Helena de Troya, “la única hija de Zeus con una mortal”, en un trabajo actoral superlativo, que asegura que la deja “demolida, agotada”. Carmen Machi es una luchadora del teatro llena de registros como intérprete. En *Ántígona*, por ejemplo, hizo un Creonte lleno de fiereza y dolor, un personaje radicalmente distinto al de la apacible viuda enamorada de *Ocho apellidos vascos*. Es también una estudiosa del trabajo de intérprete, con una serie de premisas muy claras. Como: “No le hagas preguntas al personaje que el personaje no te haya pedido”.

Por Luis Eduardo Siles

**E**n el Prólogo del texto de *Juicio a una zorra* escribe usted: “Lo que sigue ocurriendo cada vez que Helena y yo nos fundimos en un solo cuerpo es una experiencia impagable para una actriz”. ¿En qué consiste esa experiencia?

—El texto que escribe Miguel del Arco, mi sensación desde el minuto uno, es que está en carne viva. Helena es un personaje secundario de la Historia, y Miguel ha querido dar voz y voto a un personaje como Helena, que es una mujer a la que taparon los ojos, la boca, y también, al menos eso creían ellos, la inteligencia. Y Miguel le ha devuelto la dignidad. Lo que ocurre por cómo está escrito, ella es muy inteligente, y por eso el sentido del humor aflora bien. Que luego va caminando hacia el dolor de una manera sin piedad. Ocurre que todo se va enlazando, no sé si tiene que ver el estar sola yo con ella sobre el escenario, porque se trata de un monólogo, lo que se produce es tan absolutamente auténtico que he hecho mu-

chas funciones de esta mujer de manera intermitente y siempre acabo demolida. Es decir, el viaje emocional que me ha regalado Miguel del Arco con este trabajo sólo se puede entender si se vive. Pero no solamente hace falta ser la actriz que lo hace para vivirlo, sino que doy fe de que a muchos espectadores les ha pasado lo que a mí. Que hemos entrado en un lugar

## “En ‘Juicio a una zorra’ el autor juega a quitarle el pedestal al héroe”

muy extraño. Porque a mí me gusta tomar distancias con respecto a mis personajes. No me gusta que me salpiquen demasiado, al terminar la función quiero seguir con mi vida y, sin embargo Helena se me queda pegada, y me rompe, me rompe muchísimo, me parte. En las primeras funciones que hice de *Juicio a una zorra* yo tardaba en remontar. Entraba en una especie de trance extraño del que me cos-

taba mucho salir hasta pasado un buen rato después de la representación. Ya me he acostumbrado y conozco el efecto que me produce, con lo cual empiezo a superarlo. Pero es una sensación insoportable de rabia, de dolor, de pena, de injusticia, de tristeza, toda esa amalgama emocional, que está en la palabra de Miguel del Arco y que me deja agotada.

—“Habría que revisar quién escribe la Historia”, dice varias veces su personaje durante la función.

—Helena toma una pócima, que en aquel tiempo existía realmente, que le quita el dolor, pero la mezcla con vino, y al final se agarra una castaña tremenda. La única medida que tiene para paliar el dolor es beber. La pócima y el vino. Pero esto cada vez le va dando a ella más sorna y más crítica. Y formula un juicio muy importante hacia quién ha escrito la Historia. Y la Historia a día de hoy está escrita por hombres. Ella se refiere a quién escribe la Historia, estos hombres, estos héroes, que les gustan las emociones fuertes, bajar a los infiernos, queman esto, destruyen lo otro, ordeno y mando. El autor juega mucho con el héroe, a quitarle el pedestal y ponerle las piernas más cortas, más que a tirarlo de bruces. Se dice varias veces que “habría que revisar seriamente quién escribe la Historia” porque a lo largo de varios pasajes resulta bastante alucinante ver cómo la Historia en sí ha ensalzado la labor del hombre, del héroe, eso héroes que no dejan de ser guerreros, todo el día con el hacha de guerra en la mano, cortando cabezas, matando al marido de una mujer para casarse con ella —lo dice de Agamenón, por ejemplo— y resulta que la que lo hacía siempre todo fatal era la mujer, la mujer aparecía como una adúltera, cuando el otro el que había matado a su marido. En realidad, todo el espectáculo tiene algo de culebrón interesantísimo, porque la Mitología es un culebrón maravilloso siempre. Pero habría que revisar la Historia. Quién escribe la Historia. Evidentemente ellos, los hombres.

—En cierta ocasión dijo usted: “Siempre hay que defender a los personajes, da igual que interpretes a una profesora o a un asesino. La cosa es no contaminar con

tu personalidad al personaje: defenderlo, y que el juicio ya dependa por entero del público”.

—Sí, yo tuve un profesor que fue un maestro muy interesante y me acuerdo de una frase que nos repetía mucho: “No le hagas preguntas al personaje que no te haya pedido”. Y es verdad. Eso lo he llevado yo como mi Biblia. El personaje te suele dar los datos. Si tú te paras a mirarlo, si tú le das más importancia a él que a ti mismo como actor, es mucho más importante que aflore la personalidad del personaje que la tuya, porque seguramente la tuya no es tan interesante. A los personajes

que normalmente interpretas les ocurren cosas que a ti no te gustaría que te sucedieran. Porque no hay cosa que más le guste a un actor que hacer de asesino en serie. Y no hace falta ser un asesino para interpretar a un asesino. Esa es la clave. No hace falta ser prostituta para interpretar a una prostituta. Es una cuestión de que

**“Yo elaboro los personajes a partir de lo que veo en la calle”**

tú tienes que tener mucho respeto, marcar la distancia con los personajes, escucharlos, observarlos, y que a lo que te quieran decir tú tienes que poner el cuerpo y el alma.

—Hay actores que suelen interpretar personajes parecidos. Pero usted da vida a personajes muy distintos. Nada tiene que ver el Creonte que hizo en ‘Antígona’ con la viuda de *Ocho apellidos vascos*. Y todos los hace creíbles.

—Bueno, eso dicen que es un arte, yo sí que lo creo, y también dicen que es un don. A mí me parece que el trabajo de un actor, para mí, insisto, porque cada com-



F. MORENO

pañero tiene una manera de ir por el camino y luego llegamos a un resultado todos igual, a mí, decía, me resulta muy interesante lo desconocido. Me gusta cuando algo no lo entiendo. Me interesa dar vida a textos muy complejos y muy enrevesados, porque en principio no entiendo nada, y el personaje empieza a darme datos interesantes. Me aburre hacer cosas que se parezcan. Todos los personajes son energías y ninguno se parece a ninguno. Yo, por lo general, creo a los personajes a partir de lo que veo en la calle. No porque vaya por la calle mirando, sino simplemente porque la gente está ahí. Y todos los personajes existen. Siempre hay una referencia inconsciente que tienes en la retina o en el pensamiento. Yo trabajo mucho de fuera hacia dentro. No de dentro hacia fuera. Yo prefiero ver y luego sentir. Me gusta mucho trabajar en teatro, que sea la palabra la que me emocione, no yo emocionarme, y luego hablamos. He tenido la suerte de tener textos muy brillantes en las manos. De autores magníficos. Como *Juicio a una zorra*. Cuando tú esa palabra la dices, te emocionas. Se trata de un trabajo en cierta medida a la inversa de cómo lo pueden abordar otros compañeros. Pero todos vamos a parar al mismo lugar. No lo hago por asumir un reto. Lo que no me apetece es hacer un personaje que se parezca a mí. Creo que no he hecho ninguno. Porque cuanto más diferentes son a ti, más fácil son de llevar a cabo.

—¿El teatro es palabra y actor?

—Sí, estoy de acuerdo. Pero la palabra y el actor necesitan estar dirigidos. Yo soy una actriz que necesita ser dirigida. Y no que lo necesite, es que creo que esa es mi labor. He hecho varios espectáculos en los que el actor y el director son el mismo. Y resulta muy interesante ver cómo el director, en ese caso, se distancia también del antes, él mismo, porque también son cometidos que se hallan en planos diferentes. Yo no soy una actriz de llegar con propuestas. Nunca. Eso me da pudor. Me gusta llegar en blanco. Con el texto bien aprendido. Y muy neutro. Eso siempre: muy neutro. Y que el director me diga por dónde lo quiere. Y qué quiere. Y ya me encargaré yo. Pero no me gusta que



E. MORENO

## Estrenos y reencuentros

—En 2018 se reencontrará usted con Miguel del Arco y con Ernesto Caballero en el teatro. Y el 24 de marzo se estrenará *El bar*, película de Álex de la Iglesia en la que usted interviene y que ha sido seleccionada para la Berlinale.

—Y tengo otros varios estrenos pendientes. Entre ellos *Pieles*, una película que es un gran trabajo de Eduardo Casanova. Yo conocí a Eduardo haciendo *Aida*, la serie televisiva. Y el de Álex de la Iglesia es un pelucón increíble, una película buenísima. Y sí, me encontraré con Miguel del Arco, seguro, porque es algo entrañablemente irremediable. Y volveré a reencontrarme con Ernesto Caballero después de muchos años en los que fue mi director-colega, porque yo he trabajado en ocho de sus obras, escritas y dirigidas por él, y hemos hecho mucho recorrido juntos. Ha escrito una proeza, una barbaridad de función. Estoy muy contenta. Me ha regalado un personaje muy bueno y una función muy necesaria, que se titula *La autora de Las Meninas*. Primero estrenaremos en el teatro Goya de Barcelona y luego vendremos a Madrid, al Centro Dramático Nacional.

me diga cómo tengo que hacerlo. Porque eso siempre me ha parecido una cierta torpeza, cuando el director se pone a hacerlo así, porque ellos lo hacen muy mal normalmente. Pero hay directores que con toda su buena intención a veces caen en ello. Pero el gran director, el director que a mí me gusta, es el que te dice lo que quiere, y luego eres tú la que lo pones en escena.

—Ha dicho usted que el teatro es un arte que en la Grecia clásica se utilizaba como método educativo para formar al pueblo, para crear oradores". ¿Echa en falta ver a más políticos en el teatro?

—Bueno, eso depende de dónde vayas. Yo voy mucho a Barcelona, soy madrileña pero voy frecuentemente allí, y me ha llamado la atención la diferencia que hay gobierne quien gobierne en Barcelona, porque siempre están los políticos en el teatro. Siempre. Tanto los alcaldes que están regentando la ciudad en ese momento, como otros políticos, de todos los partidos, y siempre están en el teatro. Y en Madrid es muy difícil encontrar a un político sentado en el patio de butacas. Bueno, al ministro de Cultura actual sí me lo he encontrado varias veces. Pero recuerdo que yo estaba haciendo la obra *Agosto*, en el Teatro Valle-Inclán, de Madrid, del Centro Dramático Nacional, con mi llorada y añorada Amparo Baró, y esa obra fue un exitazo, un fenómeno social, nunca había entradas desde el primer día que se estrenó, fue una cosa increíble, y siempre, en cada función, veíamos dos butacas vacías. Eran las destinadas a los políticos. Había gente que no podía adquirir las entradas, porque no había, pero por protocolo había que reservar esas butacas para los políticos. Pero nunca vinieron. Y aquello me hizo reflexionar. Me parecía tremendo que venía gente de toda España, sólo por ver trabajar a Amparo Baró valía la pena acudir al teatro, y los políticos no mostraban ningún tipo de apego, ningún tipo de vínculo. Era duro percibirlo. Yo creo que no tienen costumbre. Y eso dice mucho de lo que luego pasa. Del trato recibido a nivel oficial. Y creo que hay una falta de cariño hacia el teatro, y no voy a meter más el dedo en la llaga. ●